

ALGO QUE NADIE HIZO

Una
novela
de

**MATÍAS
ALDAZ**

*Para Lorenzo,
que adora los árboles, las flores y la lluvia.*

Verde gris, verde brillante, rojo toro, sangre adelante.

EL MENSÚ, Ramón Ayala

La vez que cruzamos el túnel subfluvial, Mai lo filmó con la superocho. Era nuestro primer viaje con Luriel. La cinta empieza segundos antes de entrar, se ve la rampa y, reflejada en la ruta, la sombra en forma de escalera que hace el techo ahuecado. Pero enseguida todo se vuelve oscuro, sólo se ve un aura amarillenta que da un sentimiento de ahogo. Yo manejaba y Luriel iba parado entre los dos asientos delanteros. Recuerdo que me preguntó qué haríamos si el túnel se desfondaba justo cuando íbamos por el medio. Luriel tenía cinco años. Nunca va a pasar eso, le contesté y toqué un bocinazo largo que tronó igual que una bomba.

Lo único que tengo cerca es la mansión de los Coria. Los Coria fueron, me enteré mucho después, los que mandaron a hacer la callecita que pasa frente a mi terreno. La callecita lleva directo a la ruta pavimentada que, allá lejos, después de cruzar varios pueblos, conecta con la autopista nacional. Porque parece que ellos, los Coria, sí sabían, aunque jamás se lo dijeron a nadie, lo que iba a pasar en el pueblo, si no, no se explica cómo empezaron a hacer una mansión en este lugar y tanto tiempo antes, yo calculo que no menos de un año y medio de que se empezara siquiera a saber algo. Además, la mansión que se hicieron es tan descomedida, con balcones, altillos, techos con tejas de caucho, terrazas. En la entrada tiene una escalera de mármol de dos metros, y una puerta grande como para meter un tractor sin problemas. Encima, adelante de la casa le hicieron una rotonda, y en el medio le pusieron una fuente con la estatua de una mujer desnuda apuntando al cielo.

Florbela eligió irse con Emilia a Colonia Aarau, como hizo la gran mayoría con la plata que le pagaron por sus viviendas. Colonia Aarau tenía todo lo que no tenía nuestro pueblo, siete bancos, todas las calles asfaltadas, los piletones distritales, el centro comercial con negocios de lo que fuera, dos cárceles, una de ellas, la más segura del sur, cuatro estadios cubiertos para los torneos de schwingen, siete sanatorios y la clínica con especialidades, once colegios, uno más riguroso que el otro, cuatro comisarías, veintidós Juzgados de Paz y muchas dependencias departamentales alrededor de la plaza principal Johanna Spyri, y sobre todo tenía mucho barullo. Lo que sí no tenía era un río. Otros eligieron irse a Colonia Bülach de la Cascada de Montaña, que sí tenía un arroyito de agua marrón y pesada, pero que no había ni cascada ni montaña, es un distrito plano a más no poder. Colonia Bülach de la Cascada de Montaña está muy cerca de Colonia Aarau. También algunas familias, no más de diez, se fueron a Colonia Suhr, que queda a ciento cinco kilómetros, más o menos. Colonia Suhr es un pueblo dónde la gente vive exclusivamente de la producción de agua potable.

Unos meses después de venirme acá me puse a trasplantar árboles. Ya en esa época era algo difícil de hacer. En Colonia Aarau llegué a conocer al botánico Arnoldo Goldi, él tenía un método novedoso, decía que daba resultados en todo el mundo. Nos juntamos dos o tres veces. La última tarde que lo vi me regaló un libro sobre la historia y sobrevivencia de los árboles: *La mesopotamia yukerí*. Más de quinientas páginas, tapa dura, marrón, las letras del título en dorado y con relieve.

Me traje muy poco de la casa que tenía en el pueblo. En los días anteriores a la mudanza regalé los muebles, la ropa, la vajilla que no necesitaba, las sartenes y ollas que no había ocupado ni una sola vez en los últimos diez o quince años. Al ropero se lo llevó Florbela, la mujer de mi hijo. Esa tarde cuando hizo su mudanza, el camión paró frente a casa y lo subieron. Pero ella también quiso llevarse el aparador que había sido de mis padres, y el juego de living que le había prometido a los Peña, que vivían al lado. No era momento para decirle que no a Florbela. A los Peña les fui con la verdad: se lo llevó la mujer de Luriel, les dije. Podría haberle inventado que me lo quedaba, que al final me iba a servir, pero no, les conté la verdad. Sólo me traje la heladera, que era bastante chica y que entró justo en la nueva cocina. A la ropa la puse en la única valija con la que me quedé. Y siguió ahí durante dos años.

Viajé por todo el distrito buscando los escasos árboles que había. Muy de a poco a este lugar de sol y silencio donde estoy le empezó a aparecer algo de oscuridad y de ruido.

La primera vez que vino Sanjuán, el único que hacía pozos en el pueblo, me preguntó, apenas llegó, si sabía de alguien con agua en la zona. Sí, le dije, los Coria, de acá se ve la mansión, ellos tienen agua. El hombre levantó la vista, miró hacia el lado de la mansión y dijo ajá. Yo recién terminaba de asentar la casa rodante. Era todavía una chatarra que parecía estar en el lugar desde hacía años y años. Sanjuán se quedó mirándola durante un rato, seguro se preguntó cómo vine a parar a un terreno donde justo hay una casa rodante abandonada bien en el medio.

Florbela y Luriel se habían conocido cuando él la tomó como secretaria, a los dos meses de que ella se volviera al pueblo después de fracasar como actriz, o lo que ella llamaba fracasar como actriz, que era no tener para pagar el alquiler del departamento en la Capital. La conocí sin que ella supiera que yo era el padre, entré en el Estudio Jurídico de Luriel y dije que quería verlo, y ella me habló de una manera remilgada que me irritó. Nunca me gustaron las personas remilgadas, me dan recelo, siento que algo esconden. Y al final, creo que ella algo escondía.

A los árboles los iba a buscar en la camioneta, en aquel momento tenía una Ford blanca con franjas color verde jade. Salía por las mañanas, antes de ponerme a trabajar en la carpintería.

Mi casa está cerca del límite en el que se permitió hacer cualquier tipo de construcción o asentamiento, aunque más no sea una choza, a unos mil quinientos metros de donde construyeron la muralla.